

MORUENA ESTRÍNGANA

# Giros inesperados





**MORUENA ESTRÍNGANA**

**Giros  
inesperados**



EDICIONES**KIWI**

EDICIONES KIWI, 2023  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, noviembre 2023  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19939-09-8  
Depósito Legal: CS 759-2023  
© del texto, Moruena Estríngana  
© de la foto de cubierta, shutterstock  
Corrección, Mercedes Pacheco

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

### **Nota de la Autora**

Aunque algunas partes del libro son reales, dentro de Canadá y otras ciudades, esta no deja de ser una de ficción donde se han tomado libertades literarias que pueden no existir en la vida real. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Recuerda que estás ante una novela de ficción, donde hay escenas o comportamientos tóxicos que dan salseo al libro. Contiene escenas de sexo explícito, de esas ardientes que nos gustan.



Dedicado a mi marido y a mi hijo.  
Sois mi mundo.





# PRÓLOGO

Zachary miraba la foto de su padre en el Hockey Hall of Fame. Había sido uno de los mejores jugadores de hockey hace años, y la gente todavía lo seguía admirando por sus logros.

—Un día yo seré tan grande como tú.

Su padre le revolvió el pelo.

—Estaré orgulloso de que así sea.

El pequeño miró a su padre con admiración, pensando en lo feliz que sería si conseguía un día estar allí a su lado. Se enfocó en ese sueño, desde una edad temprana, para conseguir la admiración de la persona más importante de su vida.



Zachary, con los años, se hacía un niño más complicado. Era inquieto y solitario. No era como el resto de los niños. Tenía un coeficiente intelectual alto, lo que le hacía darse cuenta de cosas que otros pequeños tal vez ignoraban.

Descubrió pronto que la gente solo estaba a su lado por interés, y que los niños que decían ser sus amigos solo fingían. Lo que le hizo sentir rechazo hacia las personas, y se cerró todavía más en sí mismo.

Por eso, no esperaba que esa pequeña de grandes ojos marrones le llamara la atención.

Tal vez, lo que hizo que se acercara a ella, fue su dulzura y esa mirada de alguien que entiende tu mundo sin necesidad de que hables.

—Hola, ¿quieres un dulce? —Le ofreció su bolsa de chucherías.

Sus padres hablaban en la casa de campo. Él tenía ocho años y la pequeña cinco.

Cogió la bolsa de chucherías y siguió a la pequeña, que iba tras una mariposa por el campo.

—Me encantan las mariposas —le dijo con dulzura. Una que parecía real.

Se perdió en la sinceridad de la joven.

Zachary no recordaba la última vez que alguien lo había mirado con una sonrisa tan natural. Su padre era muy rico y la gente que los rodeaba siempre eran unos interesados, que buscaban algo a cambio de todo, pero esa niña no parecía desear nada de él.

Salvo su compañía.

Era agradable no tener que pensar tanto en normas sociales o personas que querían estar a su lado por interés.

Lo malo eran la cantidad de kilómetros que los separaban, pero, desde el día que se conocieron, no dejaron de hablar y escribirse. Hicieron que su amistad fuera cada vez más fuerte, hasta que todo se estropeó cuando el amor entró en juego...



Zoe intentaba asimilar toda la información, mientras Zachary miraba hacia otro lado, sabiendo que la había traicionado.

—Hija, si no fueras tan complicada, no hubiéramos tenido que montar todo esto.

Zoe sintió que esa era la gota que colmaba el vaso; que hacía que se desbordara todo el dolor que sentía en el pecho.

Su madre y el que creía que era su novio y su mejor amigo, la habían engañado durante todo un verano.

Zachary, ante todo, era su mejor amigo, y ahora también su primer amor.

Pero, sobre todo, la persona en la que más confiaba. La que esperaba que nunca la traicionara.

En cambio, ahora, cuando lo miraba, sentía que no lo conocía.

Su mejor amigo nunca la hubiera traicionado así.

Hace dos meses su madre le propuso ir de viaje a Canadá con Zachary y su familia. Su madre se había separado de su padre.

Ella tenía trece años, y no le había explicado muy bien lo que había pasado.

Cuando su madre le propuso hacer este viaje, creyó que era bueno para unirlos como madre e hija, ya que siempre había estado más unida a su padre, aunque este no era de los ejemplares.

Ahora tendría que dividirse entre los dos.

O más bien, tocaba ver quién se quedaría con su custodia y contrataba unas buenas niñeras para que la cuidaran, como hacían siempre.

Zoe había pasado más tiempo con extraños, que con sus padres.

Por eso, Zachary era su puerto seguro. Esa persona que pensaba nunca le fallaría.

Y, ahora... Ahora era como si todo su mundo se estuviera haciendo pedazos.

El viaje fue bien.

Zachary era frío con todo el mundo menos con ella. Fue verlo, y sentir esa conexión que tenían, multiplicada por mil.

El primer beso llegó solo.

El resto, fueron puro fuego.

Era la persona más feliz, hasta que se enteró de que todo era una trampa organizada por su madre y el padre de Zachary, para que aceptara a su nueva familia.

Se iban a casar...

¡Zachary iba a ser su hermanastro!

Nadie le había dicho que la casa donde estaban, esa mansión de tres plantas, sería su nuevo hogar...

Se sintió traicionada, humillada y asqueada, porque todos sabían que odiaba las mentiras.

Su madre mentía mucho. Era una mujer egoísta y envidiosa, que si deseaba algo, no se detenía hasta lograrlo, sin importarle las consecuencias de sus actos, pero nunca la había tomado con ella. Por eso, mientras no se cruzara en su camino, todo estaba tranquilo.

De momento...

—No soy complicada. Solo odio que me mientan.

—Esto ha sido una mentirijilla...

—¡Que le quites importancia no hace que duela menos! —le grité a mi madre y miré al que creía que era mi amigo, ante todo—. ¿Tú no pensaste decirme nada?

—Soy leal a mi padre —me dijo frío, al ver como ella lo miraba por primera vez con tanto odio.

Zachary tenía el pequeño defecto de que, cuando se sentía atacado, él atacaba con más fuerza. Esa frialdad en su mirada nunca se la había dirigido a ella. Era un niño conflictivo desde pequeño, pero con ella podía llegar a ser muy dulce.

«¿Y si todo era mentira?».

—Entonces, he perdido mi tiempo con alguien como tú.

Los ojos dorados de Zachary se fijaron ella bajo sus espesas cejas negras.

—Tú misma.

—¡No eres más que un mentiroso! ¿Cómo a creerme todo lo demás tras esto? No confío en ti.

La mirada de Zachary se hizo más fría.

—Entonces, supongo que hemos terminado.

—¡Por supuesto! ¡Y no penséis que voy a formar parte de este circo! Me marcho de aquí. No apoyo esta boda.

—Hija... —Su madre trató de tocarla.

—No, no me toques. No pienso volver en mi vida a esta casa.

Zoe recogió sus cosas, desando que Zachary entrara en su habitación, como tantas otras veces, y le dijera que lo sentía o que tratara de explicarle su versión.

No lo hizo.

Nadie se despidió de ella, cuando dejó la casa.

Regresó a casa de su padre con el corazón roto, sintiendo que el primer amor no se olvida, porque cuesta recomponer los pedazos de lo que hasta ahora era un corazón virgen e intacto.

# CAPÍTULO I

-ZOE-

Regreso donde juré que nunca lo haría, pero mi padre se ha casado con una zorra, y, puestos a soportar a una, prefiero a la que lleva mi sangre: a mi madre.

Mi madre nunca ha sido una mujer ejemplar, ya que se casó con mi padre solo porque tenía dinero.

Mi padre estaba tan enamorado de ella. La colmaba de regalos y le daba todo lo que pedía, hasta que esta lo dejó.

En principio, porque quería nuevos aires.

Luego supimos que su mejor amigo, con más dinero, se le había declarado.

Puestos a elegir, prefería esa vida que la que este le daba.

No me lo ha confirmado ella, pero no soy tonta. Lo he visto. Aunque hace cinco años que no la veo, porque está muy ocupada gastando la fortuna de su nuevo marido.

Yo no quería saber nada de ella desde su trampa.

Sabía lo importante que era Zachary para mí. Era la única persona fija en mi vida, porque mis padres cambiaban mucho de residencia y casi no me daba tiempo a hacer amigos.

Además, la madre de Zachary solo se juntó con su padre por dinero. Cuando tuvo a su único hijo, quiso seguir con su vida y, desde entonces, se gasta un dineral en lujos, con el dinero que le sacó tras el divorcio.

Nunca miró atrás y dejó a su hijo con su exmarido o, mejor dicho, a cargo de las niñeras.

Claro que mi padre tampoco es mucho mejor. Por eso amaba tanto a mi madre, porque eran iguales.

Son dos seres fríos que solo piensan en su propio interés, sin importarles nada más, salvo el dinero que pueden sacar a una persona, y las apariencias.

A mis padres les gusta creer que la gente los admira por ser ricos...

No los soporto. Son tan egocéntricos que me dan ganas de vomitar.

Cuando decidí vivir con él, tras la separación, me dejó hacer mi vida, hasta que entró en juego Carina, su nueva novia sacacuartos. Es alguien que odia que mi padre tenga una hija de la que ocuparse, pero solo porque soy más joven que ella, y eso le molesta.

Quiere que todos los caprichos de mi padre sean solo para ella, y, desde que se han casado, la cosa es peor, porque vive en casa y me hace la vida imposible.

Por eso, acepté la oferta de irme a estudiar a Toronto y vivir con mi madre.

Al menos, ella lleva mi sangre, porque lo de soportar que una mujer, que me saca diez años, me mande o se crea con derecho a gritarme e insultarme, solo porque mi padre le ha dado ese privilegio, es horrible.

Mis padres son ricos, pero yo no tengo ni un duro. En mi cuenta bancaria no hay nada. Si quiero dinero, tengo que pedirlo, y, entonces, si consideran que lo merezco, me lo dan.

De ahí que haya trabajado para no tener que rogar por unas pocas monedas.

Mi meta es volver a ser quien fui en el patinaje, antes de que mi vida se truncara hace poco más de un año.

Aunque no estoy en plena forma, desde entonces, me apuntaré para dar clases en la universidad, porque, cuando patino, es como si por un momento no importara quién soy. Solo quiero hacer bien el siguiente giro y volar... o volver a volar.

Miro mi pierna y prefiero no pensar en lo que pasó.

Aún duele demasiado, porque cuesta saber quién soy sin el patinaje, y todos los sueños y metas que tenía puestas en eso.

Por eso, de momento me voy a centrar en mi carrera de Arquitectura y Diseño de interiores.

Es por eso, por lo que estoy aquí, en casa de mi madre: para estudiar en la universidad y tener un futuro lejos de los tejemanejes de mis padres.

Hace años que supe que quería una vida lejos de ellos, pero, para eso, necesito una buena base. No soy tonta para creer que, si me alejo de todo, por arte de magia conseguiré un buen trabajo, comida y techo. Sé que la vida es mucho más que lo que deseas, pero, con una carrera y un buen puesto en una gran empresa, podré decir adiós a todo, y ser quien yo quiera sin ellos.



Llego a casa de mi madre con el chófer que me ha ido a buscar.

La mansión es enorme. Mucho más grande que la de mi padre.

Esta casa me trae demasiados recuerdos.

Yo pedí vivir en una residencia, cerca de la universidad, pero mi madre me dijo que me quería aquí, para recuperar el tiempo perdido.

Insistí, porque deseaba estar lo más lejos posible de Zachary...

No sé qué pasará cuando lo vea.

Él sabía que mis padres me mentían y manipulaban desde niña, y como odiaba eso. Lo sabía, y dejó que pasáramos de mejores amigos a enamorarnos.

Liarme con él a escondidas era lo más emocionante que había vivido en mi vida, y, de golpe, mi madre entra en escena y cuenta la verdad: que todo era una trampa para que aceptara a mi nueva familia.

Nadie me dijo nada en dos meses, que llevábamos viviendo con ellos ese verano.

Una vez más, sentí que lo que yo pensara, no importaba.

Zachary solo me miró con su cara de chulo sin decir nada. Sabía que era un gilipollas, pero conmigo no lo había sido.



En ese momento, tuve enfrente al Zachary que veía y temía todo el mundo.

Pensé que solo me había usado por su padre, al que adora desde que su madre lo dejó.

Zachary, por su padre, haría cualquier cosa. Hasta engañar a su única amiga.

Les dije a todos cosas horribles, rota de dolor, pero aquí estoy ahora. Cinco años después.

Entramos a la gran casa, y mis maletas las llevan a mi dormitorio.

Miro los rincones de este lugar, recordando las veces que corrí por ellos, tirando de la mano de Zachary para buscar un sitio donde estar solos y besarnos, hasta perder el aliento.

Creía que éramos irrompibles, y luego me rompí en miles de pedazos.

Noto cómo me ahogo y me falta el aire.

Si estoy aquí, es porque la mujer de mi padre es horrible y no quiero estar cerca de ella nunca más. Estar en una casa donde otra mujer te odia, solo por ser más joven que ella, y porque tu padre te da algún regalo de vez en cuando, que, por supuesto, desea para ella, es horrible.

La mujer de mi padre no soporta que haya otra en la vida de su marido, por mucho que esta sea su hija.

—Su madre llegará para la cena. Me ha pedido que le diga que cenaréis en el salón que da al jardín, a las siete de la tarde.

Asiento y me guía hasta mi cuarto, mientras me hace una ruta rápida de todo lo que tiene la casa.

Solo le escucho cuando dice que tiene una pista de patinaje, que hace cinco años no estaba.

Eso sí llama mi atención.

Claro que es porque mi padrastro fue jugador de hockey famoso aquí, en Canadá, y Zachary sigue sus pasos desde muy pequeño.

Solo patinamos juntos una vez ese verano, en una pista de hielo de la ciudad, y me encantó la forma en que nuestros pasos se acompañaban, hasta parecer una danza perfecta sobre el hielo.

Duele recordar su mirada dorada sobre la mía, donde parecía feliz... Aun sabiendo que me engañaba.

Siento que nunca fui importante para él. Solo un peón para que su padre fuera feliz con su nueva mujer.

Abre la puerta de mi cuarto, y, por suerte, no es el mismo donde viví aquí ese verano, porque me dolería mucho estar en ese lugar, cargado de recuerdos y de besos robados.

Veo la pared llena de detalles de mariposas.

Me fascinan las mariposas desde niña; cómo cambian, cómo pasan de ser un gusano para volar. La metamorfosis me ha atraído desde que vi a una salir de su capullo con cuatro años, y volar a mi alrededor.

Pienso que tal vez mi madre ha recordado lo mucho que me gustan, pero no lo creo y, por eso, pregunto:

—¿Quién decoró mi habitación?

El hombre me mira y luego al cuarto.

—El señor dijo lo que recordaba de usted y lo que le gustaba. También ha dejado un regalo sobre la cama, para darle la bienvenida.

Miro hacia la cama, con el corazón dolido. Un extraño se ha preocupado más por mi dormitorio, que mi propia madre. Ya debería saberlo, pero, aun así, duele.

Ando hacia la cama y abro el paquete.

Sonríó al ver dentro unos patines nuevos. Tienen mi nombre y hay mariposas pintadas a mano. Son preciosos.

—Puede probarlos en la pista. Si gusta, le enseñaré cuando quiera dónde es.

—Muchas gracias...

—Señor Gómez.

—Muchas gracias, señor Gómez. Lo pensaré.

Asiente y se marcha, dejándome sola en este nuevo hogar, que ya me está pesando.

Tomo aire y trato de no dejar que la ansiedad gane la batalla.

Yo soy mucho más fuerte. Puedo con esto...

# CAPÍTULO 2

-ZOE-

Entro a la pista de hielo con mis nuevos patines.

No pude traerme los viejos, porque mi padre dijo que era un lío para meterlos en la maleta.

No lo era, pero no quería que patinara.

Desde lo que pasó, le molesta que patine. Le molesta que intente no rendirme o que me levante una y otra vez. Dice que debería aceptar las cosas, y dejar de ser tan cabezota, porque es una pérdida de tiempo intentar algo en lo que sabes que fracasarás.

Si hiciera eso, sería como él: un hombre que no es capaz de saber qué quiere en la vida, y que se deja manipular por mujeres, que solo desean su dinero. Un dinero legado por mis abuelos, porque mi padre no ha trabajado en su vida.

Tiene personas que lo asesoran y que trabajan por él, mientras que solo dice que sí a todo, y, si sale mal, nunca admitirá que es su error, por no tener ni idea de sus negocios.

Mi padre no es un hombre joven. Tiene setenta años, y cree que su nueva mujer, de veintiocho, lo quiere por su cara bonita o que mi madre, que ahora tiene cuarenta, se casó con él con veintitún años porque lo amaba...

¡Ja! Mi madre y su nueva mujer lo soportan por el dinero que tiene. No es un hombre agraciado, por mucho que se deje un dinerito en cremas y ropa de diseño. Si no tuviera dinero, su nueva mujer nunca le diría que lo ama. Pero, claro, «amarlo» trae consigo ser rica y una vida de lujos.

Yo no podría fingir ni estar con un hombre que no deseo solo por dinero. Ni con una mujer, porque al revés esto también pasa, y mucho. Lo he visto desde pequeña.

Al final, todo esto te endurece el corazón y te hace ser una persona a la que le cuesta abrirse.

Aun así, lo hago una y otra vez, porque no sé estar sola. Tiendo a creer que en todo este mundo hay gente por la que merece la pena luchar.

Soy tonta, lo sé.

Tomo aire y patino por este sitio, que se ha creado para los entrenamientos de alguien que juega al hockey. El padre de Zachary, desde que nació su único hijo, no dejó que eligiera otra cosa.

Le metió el hockey en las venas.

Un día le pregunté si era lo que hubiera elegido, y me dijo que esa pregunta era estúpida.

No lo es.

Su padre no le dio la opción de crecer y elegir su camino. Le impuso lo que debía ser desde que nació.

Cada vez me noto más segura sobre el hielo. Hago varios giros y pruebo a hacer uno en el aire.

Todo va bien hasta que me doy de bruces sobre el hielo.

Tomo aire, aparto de mí todo lo que me han dicho este año, de que no puedo, y me levanto de nuevo.

Rendirse no es una opción, porque, cuando patino, soy solo yo. Soy libre como las mariposas que tanto amo.

No pienso dejar que nadie me quite esta libertad.



A la hora de la cena, espero a mi madre con el resto de los sirvientes de la casa, que están listos para atendernos.

Miro mis manos y mi brazo magullado. Me he caído más veces de las que debería, pero solo paré, porque había quedado con mi madre.

No me da miedo caerme. Solo me asusta que un día no tenga fuerzas para levantarme y seguir luchando.

Cuando pasa media hora de las ocho, sé que mi madre no va a venir.

Por eso, no me extraña cuando el señor Gómez me informa de ello y me dice que puedo cenar cuando quiera.

Asiento y dejo que me sirvan la cena.

Debí de haber sabido que una mujer que tiene el dinero para viajar a verte y en cinco años no lo ha hecho, no se tomaría la molestia de presentarse para la cena.

—Vaya, si ya ha llegado mi querida hermanita.

Miro hacia la puerta y está apoyado en esta a Zachary.

De la impresión, noto cómo los latidos de mi corazón se me aceleran, sin que yo pueda tener control sobre ellos.

Agrado los ojos, al comprobar cómo el tiempo ha incrementado su atractivo. Lleva el pelo oscuro peinado de forma descontrolada, como si se hubiera dado una ducha o como si alguien se lo hubiera deshecho tras un largo beso.

Con seguridad, sea lo segundo e imaginarlo con otras no debería causarme rechazo, porque no siento nada por este mentiroso.

Sus ojos dorados siguen siendo tan impresionante como los recordaba. Sus pestañas y cejas negras hacen que estos se vean aún más intensos, y esa mirada de sé que puedo arrasar con todo si me lo propongo, no ha cambiado.

Sonríe de medio lado, lo que le marca el hoyuelo. Algo que él odiaba, porque decía que le hacía parecer adorable, y era de todo menos eso.

Anda hacia mí.

Es muy alto y de hombros anchos. Tiene un cuerpo de infarto y puedo oler el perfume caro que lleva. De esos que te hacen desear cientos de cosas pecaminosas.

No es el mismo que hace cinco años.

Nada en él me hace recordar al chico frío que conmigo era diferente; que conmigo parecía hasta feliz. A ese amigo que quería más que a nadie y con el que aprendí lo que era amar.

Duele mirarlo y recordar lo que pasó. Su traición y el dolor que sentí. La sensación de estar perdida en un mundo demasiado grande para una persona que se siente tan sola.

Odio cada lágrima que derramé por su culpa.

Con cada una de ellas juré que lo odiaría para siempre.

Se apoya en la mesa y me examina de forma descarada, dejando que su mirada vague más de lo necesario por mis pechos. Me cruzo las manos sobre estos y, cuando lo miro, sonrío por mi azoramiento.

—Vaya, ya no eres plana como una tabla. —Su voz tiene ese toque ronco y sensual que hace años me volvía loca, y me hacía desear cosas para las que una niña como yo no estaba preparada—. Lo bien que me lo hubiera pasado hace cinco años con ese par...

—Vaya, veo que sigues siendo igual de gilipollas. Gracias por hablar y confirmarlo.

—Te recuerdo que antes te gustaba —replica con chulería.

—Antes creía que podía cambiar al chico malo. Ahora sé que, si te acercas a él, te atrapa su oscuridad. Ya no soy esa niña.

—No, si ya lo veo. —Me levanto de la mesa—. Vamos, no te vayas. Me portaré bien.

—Dudo que sepas qué es eso.

—Cierto, no lo sé. Ser bueno es muy aburrido. ¿Te llevan la cena a tu cuarto o prefieres seguir cultivando tu extrema delgadez?

—Capullo.

—Gracias, son un halago tus palabras para mí, pero deberías comer algo. Así no parecerías un palo con tetas.

Lo ignoro y subo a mi dormitorio.

Estoy nerviosa, y agitada.

Un día fuimos amigos y nos quisimos. Me dejó que viera más allá de su fachada de gilipollas. Me dejó que entrara donde no deja

a nadie pasar, pero todo eso ya pasó y, con los años, veo que ha cultivado su «encanto».

Es mejor no olvidar todo eso y evitarlo lo máximo posible.

Me miro al espejo. Sé que estoy muy delgada. Lo sé porque, desde el accidente, no soy capaz de comer suficiente o de no matarme a entrenar para volver a ser la que fui: la joven que estaba destinada a brillar en el patinaje sobre hielo.

# CAPÍTULO 3

## -ZACHARY-

—Intenta no sacar tu encanto con ella tan pronto —me dice mi padre en el móvil. Que le informen de todo, no es una novedad.

Los sirvientes de la casa venden secretos a mi padre y a su madrastra, a cambio de un extra de dinero. Si el cotilleo es muy jugoso, se lo venden a mi madrastra, y esta los premia muy bien.

Vivir en esta casa, es un claro recordatorio de que las paredes tiene oídos. Nunca me siento libre.

—He sido muy bueno...

—Zachary, que nos conocemos. No está bien hablar de su extrema delgadez y de sus... atributos.

—Como si tú no estuvieras con su madre por su buen par de tetas...

—¡Zachary!

—Mira, puedo hacerme el tonto, pero no estás con ella por su inteligencia. Esa mujer no sabe lo que es un buen libro.

—No quiero seguir con esta conversación. Solo intenta no amargar más la vida a Zoe. Para ella, todo es nuevo, y son demasiados cambios. Además, un día fue para ti la única persona, aparte de mí, que te importaba.

—No me lo recuerdes.

—Zach..., por favor. Intenta no destruir su mundo. Solo déjala en paz, y, si quieres ser algo para ella, que sea ese amigo que fuiste.

Que diga amigo, no me sorprende. Para mi padre nunca existió algo más entre los dos. Prefiere no pensar en ello, porque ahora es



la hija de su mujer, y tener un lío con ella, no estaría bien visto por algunas personas con las que se codea.

Mi padre es una estrella para mucha gente. Aún va a programas de televisión para hablar de hockey, de vez en cuando, y lo invitan a un sinfín de eventos, donde lo tratan como si fuera un dios.

Eso le encanta.

Sé que para su imagen, que tuviera algo con mi hermanastra, sería nefasto. Por eso, nunca habla de ello. Lo ve como algo que pasó entre dos adolescentes, que poco sabían de la vida.

Yo lo dejo pasar, porque pensar en Zoe, desde que se fue, siempre me pone de muy mal humor.

—Tal vez lo haga —digo, retomando la conversación.

Mi padre bufa, porque sabe que no lo haré.

Cuelgo y miro mi habitación, tras una cena horrible, porque eran todos los platos favoritos de mi madrastra; una mujer que mi hubiera encantado no tener la suerte de conocer.

La odio tanto, que no sé cómo mi padre no se da cuenta de cómo lo engaña.

Odio que la ame. Odio que le diga que la quiere. Odio que se conforme cuando es un gran hombre, que podría tener una mujer mejor.

Pero no, mi padre no sabe amar a alguien que no le joda la vida.

Le pasó con mi madre y ahora con su nueva mujer.

Le gusta tener a su lado a una mujer que le haga sentir más joven de lo que es, y Zoe se parece a mi madrastra Cheri, físicamente. Tiene sus mismos ojos grandes y castaños, y ese pelo largo, oscuro y liso.

No olvidaré cómo me miró hace años, cuando supo la verdad; como si yo fuera lo peor.

No vi en sus ojos la duda o la oportunidad de explicarme. De entenderme.

Así que, acepté que no era más que una cabrona, a la que había tenido la desgracia de llamar amiga.

Desde pequeño, cuando alguien me jode, doy a matar. No puedo evitar querer devolverle el dolor por dos, y con ella no lo hice,

porque fuimos amigos, pero eso no cambia que para mí no existe. Extirpé de mi mente todas aquellas conversaciones que mantuvimos y todo lo bueno que tuvimos.

Para mí, no queda nada de lo que fuimos.

Nada más verla, comprobé que su mirada era fría, que no quedaba nada de esa dulzura, de esa niña que pintaba mariposas sobre sus Converse, y de la que me sonreía como si fuera lo mejor de su vida.

Destruyó todo en un segundo, y yo acepté que para mí había muerto.



Bajo a la cocina a por algo de comer.

Al llegar, veo luz en ella y, cuando entro, me encuentro a mi madrastra, buscando una copa de vino.

Se ríe.

Está borracha.

Cuando me ve, sonrío y se me acerca. Trata de tocarme, y la cojo de las manos.

Se parece tanto a su hija, que hace que a su progenitora la odie todavía más. Sobre todo, cuando su madre intenta tocarme los huevos de forma literaria, y le aprieto la muñeca.

—No seas tan duro conmigo...

—Mi padre debería dejarte de una puta vez.

—Si me pierde, se muere... ¿Lo has olvidado? —Aprieto la mandíbula enfado con ella, por sacar eso a la luz—. Así que, sigo con él y evito que tu papaíto se muera. Me lo deberías agradecer.

Me aparto de ella asqueado.

—Vete a dormir. Estás demasiado borracha.

Se ríe y se marcha con una botella de vino.

Es por personas como ella, que odio a toda esta puta humanidad, que solo se mueven por interés. Algo que aprendí desde

pequeño, cuando mi madre me abandonó, tras sacarle a mi padre una gran fortuna.

—Me lo debes, por haberte dado el hijo que tanto deseabas. Por culpa de ese mocoso, tengo una cicatriz horrible por la cesárea.

Miré a mi madre, oculto tras la pared. Era pequeño, pero su cara de asco se me quedó marcada.

—Es tu hijo —dijo mi padre—. Ese niño te adora.

—Yo lo odio, así que dame mi dinero y deja que viva mi vida lejos de todo esto. Odio hacer de madre...

—No seré yo el que te obligue a cuidar a ese niño tan increíble.

Creo que, desde ese instante, me aferré a mi padre más que nunca.

—Así ganamos todos y, por favor, intenta que no me busque. Odio cuando me dice mamá. Me hace parecer más vieja... —Su cara de asco me rompió aún más.

—Tranquila, él no merece una madre como tú. Le daré todo lo que necesita.

Mi madre se fue.

Me limpié las lágrimas y juré que nunca más lloraría.

Desde ese día, vi el mundo de otra forma. Algo murió en mí en ese instante, y, la verdad, me importa una mierda ser así. De esta forma evito creer que existen personas por las que merecería la pena darlo todo.